

PAUL RICŒUR

Historia y memoria

La escritura de la historia y la representación del pasado.

El problema de la representación del pasado por los historiadores puede enunciarse en términos de un pacto tácito que se establece entre el lector del texto histórico y el autor. El primero espera que se le proponga un “relato verdadero” y no una ficción. El segundo tiene entre manos el problema de saber si la escritura de la historia puede respetar ese pacto, cómo puede hacerlo y hasta qué punto.

Mi primera tesis es que el problema no comienza con la historia sino con la memoria, a la cual la historia está ligada de una manera que abordaremos más adelante. Si abogo aquí por la anterioridad de la cuestión de la representación mnemónica por encima de la representación del pasado en historia, no significa que me coloco, por razones de circunstancia, en una época de conmemoraciones, del lado de los defensores de la memoria contra los de la historia –dicho propósito me es totalmente ajeno–, sino que el problema de la representación, que es la cruz del historiador, se encuentra ya establecido en el plano de la memoria e incluso recibe allí una solución limitada y precaria que no será posible traspasar al plano de la historia. En ese sentido, la historia es heredera de un problema que se plantea en cierto modo por debajo de ella, en el plano de la memoria y el olvido; y sus dificultades específicas no hacen sino sumarse a las inherentes a la experiencia mnemónica.

No es con san Agustín que el difícil problema de la representación del pasado encuentra su primera formulación; si bien Agustín es, en los libros X y XI de las *Confesiones*,² el iniciador de una meditación secular referente a las relaciones entre el pasado de las cosas recordadas, el presente de las cosas percibidas y el futuro de las cosas esperadas, Platón y Aristóteles fueron los primeros en extrañarse de la paradoja oculta tras la noción de las cosas pasadas, los *præterita* del latín. El problema surgió en el ámbito griego clásico con el vocablo *eikon* en forma de aporía, de pregunta embarazosa.

La aporía es doble. Es ante todo el enigma de una imagen que se da a la vez como presente en la mente y como “imagen de”, imagen de algo ausente. Sócrates, en *Teéteto*, plantea el problema en su respuesta a una pregunta embarazosa: ¿podemos haber aprendido algo y no saber que lo hemos percibido? “¿Qué dices, Sócrates? – replica Teéteto–, una afirmación como ésa sería monstruosa”.³ Enigma entonces de la presencia en imagen de lo ausente. Pero no es todavía sino la primera mitad del enigma común a la fantasía y la memoria: falta aún la marca temporal de la anterioridad que separa en principio, la memoria de la fantasía.

A Aristóteles le debemos el análisis de ese rasgo distintivo del recuerdo, en el pequeño tratado que nos llegó en su traducción latina *De memoria et reminiscencia* (en las *Parva Naturalia*).⁴ Tal como el título lo indica, el griego cuenta con dos

palabras para la memoria: *mnéme* y *anámnesis*. Este desdoblamiento entre la memoria como tal y la reminiscencia, entre la simple presencia de un recuerdo en la mente al evocarlo espontáneamente, y su búsqueda más o menos laboriosa y fructífera, nos permite enfocar la marca de la anterioridad –el *protéron*– la cosa pasada: “La memoria –escribe Aristóteles– es tiempo” (*tou genoménou*, utilizando una forma partitiva que podríamos traducir como “parte de un todo que ocurrió”). Más aún: recordamos “sin las cosas”, pero “con tiempo”. Con la memoria, a diferencia de la fantasía, la marca del antes y el después se deposita en la cosa evocada. Esta marca no anula el primer enigma, el de la presencia de lo ausente, sino que lo extiende en cierta forma en el tiempo. Aristóteles sabe al igual que Sócrates que la imagen, tal como la pintura de un animal, consiste en dos cosas a la vez: “Es ella misma y además la representación de otra cosa” –*állou phantasma*–; en resumen, la imagen es a la vez inscripción actual y signo de su otro. En esta alteridad del otro es donde el tiempo pone su marca distintiva en el plano de la memoria. Aquí es donde el segundo vocablo para la memoria –*anámnesis*– entra en juego: el recuerdo de la cosa no se da ni siempre ni frecuentemente, es necesario buscarlo; esta búsqueda es la anamnesis, la reminiscencia, la remembranza, el recordar. A la pregunta inicial: ¿qué? –la que apunta al recuerdo–, se suma en adelante la pregunta ¿cómo?, que pone en movimiento un “poder buscar”, ora más mecánico como lo hará más tarde el asociacionismo, ora más razonado como lo testimonia el abanico de los procedimientos de rememoración que los modernos han repartido entre la asociación y el esfuerzo del recordar caro a Bergson.

Con estas dos rúbricas: presencia del recuerdo, búsqueda del recuerdo, hemos establecido el marco general de una fenomenología de la memoria. Y conocemos desde el comienzo el problema de confianza que puede enunciarse de la siguiente manera: si el recuerdo es una imagen, ¿cómo no confundirlo con la fantasía, la ficción o la alucinación? Es entonces cuando, en el linde de la empresa que conducirá de la memoria a la historia, se plantea un acto de confianza en una experiencia que se puede considerar como la experiencia *princeps* en este ámbito, la experiencia del reconocimiento que se presenta bajo la forma de un juicio declarativo tal como: “¡Sí, es ella, es él! No, no se trata de un fantasma, una fantasía”. ¿Qué podría garantizárnoslo? Nada, a no ser la autopresentación misma del *eikon*, como imagen de lo ausente en la forma de modalidad temporal de la anterioridad. ¿Nos engañamos? ¿Somos engañados? A menudo, sin duda. Pero, permítanme insistir: no tenemos nada mejor que la imagen-recuerdo en el momento del reconocimiento. Pero, ¿estamos seguros de que efectivamente pasó algo más o menos como aparece en la mente al recordar? Es allí donde se encuentra la dificultad residual. Y es allí donde la problemática de la memoria se interna en la vía peligrosa de la similitud, la *mímesis*, que nunca dejamos de disociar del fantasma, por una parte y de la imagen-copia por otra, sin que se pueda romper, tanto de un lado como del otro, el sentimiento de un lazo de adecuación, de conveniencia de la imagen-recuerdo a la cosa recordada, lazo cuya naturaleza y estatus epistémico constituyen el desafío de la presente investigación. Dicho desafío es lo que denominamos “fidelidad”. Fidelidad de la memoria a la que confrontaremos más adelante con el voto de verdad en historia, en una dialéctica interminable.

Antes de adentrarme en lo que será mi objeto principal, la representación del pasado por los historiadores, quiero agregar dos pinceladas a mi breve retrato de la problemática de la memoria; una y otra tienen importancia en la transición de la memoria a la historia.

Lo que primero se plantea es la cuestión del sujeto de la memoria: ¿quién recuerda? ¿Quién hace acto de memoria representándose las cosas pasadas? Estamos tentados de responder demasiado rápidamente: yo, yo solo. La cuestión se ha vuelto urgente a partir de la emergencia del concepto de memoria colectiva en sociología como lo sabemos desde el famoso libro de Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*;⁵ en él se lleva la tesis incluso hasta la sospecha de que la memoria individual no sería sino un retoño, un enclave, de la memoria colectiva. Y sin embargo, la noción de memoria colectiva no ha escapado a la sospecha de inconsistencia en el plano conceptual. Además, fue aún peor recibida por cuanto parecía avalar una reivindicación hegemónica de la sociología frente a la historia misma.⁶ En lo que a mí concierne, luego de una larga disyuntiva, llegué a la convicción de que la memoria, definida por la presencia de algo del pasado en la mente y por la búsqueda de dicha presencia, puede ser atribuida, por principio, a todas las personas gramaticales: yo, ella o él, nosotros, ellos, etcétera. Esta aserción de una atribución plural del recuerdo no difiere, en mi opinión, de la atribución plural aplicable a cualquier pensamiento, pasión o afecto. Si la tesis de la atribución múltiple acarrea problemas en el caso de la memoria, es porque la cuestión de la identidad personal – o sea la cuestión del sí mismo – parece plantearse en ella de una manera incomparable, a diferencia de los demás hechos psíquicos, como si la apropiación del yo constituyera un privilegio exclusivo de la memoria. No creo, sin embargo, que debamos dejarnos intimidar por este tipo de argumento. De hecho, se llegó a identificar la memoria con el sí mismo al cabo de una lenta conquista, atribuible a lo que podemos llamar escuela de la mirada interior. Es aquí donde san Agustín entra en escena, atrayendo la memoria a la morada del sí mismo, en la estela de la experiencia de la confesión; por su parte, John Locke retoma y perfecciona esta noción de subjetivación en marcha, erigiendo la memoria como criterio privilegiado de la identidad personal: la memoria es así por derecho “lo mío propio”, *my own*. Husserl dará el paso decisivo al fusionar memoria y conciencia íntima del tiempo: la memoria no es sino la reflexión del sí mismo sobre el sí mismo extendida en el tiempo, como lo había anticipado ya John Locke; al final del recorrido, Heidegger podrá sumergir la experiencia de la memoria en su temporalidad, la que a su vez es aspirada al área de gravitación del ser-para-la-muerte, experiencia marcada con el sello de lo insustituible y lo incommunicable. Finalmente, la asignación exclusiva de la memoria al sí mismo aparece como el fruto de una subjetivación creciente operada a expensas de la primacía de la cuestión de qué se recuerda por encima de quién lo hace.⁷

Después de pesar cuidadosamente argumentos y contraargumentos, me uní a la tesis de la atribución múltiple del recuerdo a una diversidad de personas gramaticales. Encontré apoyo para esta tesis en el análisis proveniente de la filosofía analítica de la noción de “atribución” de fenómenos psíquicos en general a alguien, basado en el axioma según el cual la atribución de un acto o estado psíquico a sí mismo es, por principio correlativa de la atribución simultánea a otro distinto a sí mismo, tal como lo hacemos por ejemplo en el marco de un relato en tercera persona: “Él o ella

recordó de repente esa escena de antaño”. No podemos negar que la atribución a sí mismo reviste la forma particular de la apropiación, y que la atribución a otro está sujeta a la interpretación de indicios, lo que llama a un cuidadoso análisis. Pero esta disimetría en la atribución es perfectamente compatible con el carácter plural de la atribución de los fenómenos mnemónicos a una pluralidad de personas gramaticales.

Este enfoque autoriza al historiador a recurrir sin cargo de conciencia a la memoria individual y la memoria colectiva, muy a menudo enredadas ambas, al tratarse de fiestas, conmemoraciones y otras celebraciones. Por lo demás, la historia puede encontrar interés en los detalles de la teoría de la atribución en la medida en que también ella encuentra problemas de atribución a agentes sociales a veces colectivos, a veces singulares.

A esta primera pincelada adicional, agrego una segunda que va a garantizar más estrechamente aún la transición de la memoria a la historia. Volvamos al desdoblamiento del problema de la memoria entre la estática del recuerdo, como imagen presente de algo ausente ocurrido con anterioridad, y su dinámica consistente en el recordar. El recuerdo es una operación compleja que puede tener éxito o no. Su éxito es el reconocimiento del recuerdo que Bergson convierte en la experiencia *princeps* en *Materia y memoria*,⁸ esa obra maestra que quizá abandonamos demasiado pronto o demasiado a la ligera. El reconocimiento aparece como un pequeño milagro, el de la memoria feliz, si se la compara con todas las dificultades que jalonan el recorrido del recordar. Dichas dificultades, que forman la materia de una pragmática de la memoria pueden ser ubicadas en tres rúbricas: memoria impedida, memoria manipulada, memoria forzada. Memoria impedida: basta con evocar los textos de Freud sobre la represión, las resistencias, la repetición, a lo que él opone el trabajo de rememoración, sin olvidar el trabajo de duelo, ese trabajo paralelo sobre la pérdida. Memoria manipulada: habría que evocar aquí las intersecciones entre el problema de la memoria y el de la identidad, y describir las múltiples maneras de adulterar la memoria por medio del relato con sus arabescos, sus acentos y sus silencios. Por último, memoria forzada: nos detendremos aquí por un momento. Quisiera decir cuán importante es no caer en la trampa del deber de memoria. ¿Por qué? Porque la palabra “deber” pretende introducir un imperativo, un mandamiento, allí donde no existe sino una exhortación en el marco de la filiación, de generación en generación: “Se lo contarás a tu hijo...”. Además, porque no se pone en futuro una tarea de rememoración, o sea de retrospectión, sin violentar el ejercicio mismo de la anamnesis –atrevámonos a decirlo– sin algo de manipulación. Finalmente y sobre todo, porque se tiende fácilmente hoy a apelar al deber de memoria con el propósito de perturbar el trabajo crítico de la historia, corriéndose el riesgo de cerrar una memoria dada de una comunidad histórica dada sobre su desgracia singular, dejándola pegada al papel de víctima, desarraigándola del sentido de justicia y equidad. Es por ello que les propongo hablar de *trabajo de memoria* y no de *deber de memoria*.

La pragmática de la memoria lega estas dificultades del recordar a la epistemología de la historia. Memoria impedida, memoria manipulada, memoria forzada: otros tantos temas en forma de advertencias que resuenan al oído del historiador. Sobre estos obstáculos de una memoria difícil la historia construye tanto sus limitaciones como las defensas y conquistas que voy a señalar, y que ella hace converger en la problemática de la representación por los historiadores. Pero debo advertir en este

estadio de mi exposición, que la memoria goza de un privilegio que la historia no posee, a saber, la pequeña felicidad del reconocimiento: “¡Es ella! ¡Es él!”. ¡Qué recompensa, a pesar de los sinsabores de una memoria difícil, ardua! La historia no conoce esa pequeña felicidad y por eso tiene una problemática específica de la representación y sus complejas construcciones intentan ser reconstrucciones, con el afán de cumplir el pacto de verdad con el lector. Aquí estoy anticipando a toda marcha. Permítanme descansar un instante en una figura tomada de Bergson. Conocemos su famosa imagen de cono invertido: en la base del cono, arriba, la masa de los recuerdos; en la punta, abajo, la llegada del recuerdo puro con la imagen aflorando en la superficie del presente vivo. Es el momento del reconocimiento del pasado en dichas imágenes. Y bien, adopto esta figura del cono como la imagen del problema que aquí presento. Se trata también de un cono con la punta hacia abajo: arriba, en la base, la aporía inaugural de la memoria, aporía de la presencia de lo ausente y lo anterior; bajando, a lo largo del cono, las dificultades de la memoria impedida, manipulada, forzada; en la punta, allí donde el cono aflora en el plano del conocimiento histórico, la pequeña felicidad del reconocimiento, único y precario testimonio de la fidelidad de la memoria. Esa pequeña felicidad que la historia no tiene y que nutre la energía de su investigación, según el título que le diera Herodoto. La investigación en historia reemplaza el recordar mnemónico; abarca, por lo tanto, el conjunto de las operaciones historiográficas en el largo trayecto desplegado de la fase documental a la fase escrituraria. Al final de este recorrido es cuando se plantea en toda su problemática el tema de la representación por los historiadores, a la cual propongo desde ya darle el nombre de *representancia*, para destacar su aspecto militante e inconcluso, en vez de y en lugar del esquivo reconocimiento mnemónico.

II

Las dificultades del conocimiento histórico comienzan con el corte que representa la escritura. Al respecto, la palabra *historiografía* está bien utilizada: ella no designa únicamente la fase escrituraria, ni tampoco la postura reflexiva, epistemológica de segundo grado, sino la totalidad de lo que Michel de Certeau acertadamente ha denominado la operación historiográfica,⁹ la que divido a mi vez en tres fases que no son etapas sucesivas, sino niveles de lenguaje y problemáticas enmarañadas: fase documental en los archivos, fase explicativa/comprendida, según los usos variados de la cláusula “porque...”, fase propiamente literaria o escrituraria, al cabo de la cual el tema de la representación alcanza su punto cúlmine de agudeza.

1. La suerte de la representación del pasado se problematiza en primera instancia por el primer distanciamiento que constituye la inscripción en relación con el campo mnemónico privado o público. Sin embargo, este distanciamiento no es efectivo sino una vez instituido el archivo. En efecto, éste es el *terminus ad quem* de una operación compleja cuyo *terminus a quo* es la primerísima exteriorización de la memoria tomada en su estadio declarativo y narrativo. Alguien se acuerda de algo, lo dice, lo cuenta y da testimonio de ello. Lo primero que dice el testigo es: “Estuve allí”. Benveniste nos asegura que la palabra *testis* viene de *tertius*;¹⁰ el testigo se erige entonces como tercero entre los protagonistas o entre la acción y la situación a la cual el testigo dice haber asistido sin necesariamente haber participado en ella.

Esta declaración es a la vez una aserción referente a una realidad factual que se tiene por importante y una certificación de la declaración hecha por su autor. Éste apela al crédito de otro frente al cual testimonia y que recibe su testimonio: “Estuve allí; créame o no –agrega–; y si no me cree, pregúntele a otro”. Esta acreditación abre la alternativa de la confianza y la duda. Queda constituida así la estructura fiduciaria del testimonio. Listo para reiterar su testimonio, el testigo lo considera una promesa referente al pasado. El testimonio se convierte en institución. Se abre la confrontación de los testimonios y, a partir de allí, comienza la controversia de los historiadores. Además de la contestación, la crítica del testimonio graba en hueco el *disensus* y su valor educativo en el plano del debate público donde la historia completa su sentido. Todo esto, condicionado por la inscripción, convertida en archivo. La cosa escrita va a proseguir su curso más allá de los testigos y sus testimonios. A falta de destinatario designado, se encuentra en la situación del texto “huérfano” del que nos habla Platón en el *Fedro*. Pero, cualquiera sea el grado de fiabilidad del testimonio, no tenemos nada mejor que él para decir “ocurrió algo a lo cual alguien dice haber asistido”. Pero, ¿ocurrió tal como se dice que ocurrió? Es la cuestión de confianza, la prueba de la verdad, que la investigación de la prueba documental comienza a tomar en cuenta.

“Documental” es la palabra clave. Sabemos desde Marc Bloch, que los testigos a pesar suyo son los más importantes.¹¹ Pero sus testimonios también se inscriben entre las huellas acertadamente llamadas huellas documentales, muchas de las cuales ya no son testimonios: vestigios, indicios materiales o signos abstractos tales como curva de precios y de renta y otros datos iterables y cuantificables. Así se instaure lo que Carlo Ginzburg llama el “paradigma indiciario”,¹² común a todas las disciplinas de conocimiento indirecto y conjetural, de la medicina y la psiquiatría a la novela policial. Bajo esta égida se desarrolla una dialéctica fina entre el testimonio y el documento, donde este último linda además con el monumento. El documento se convierte así en la unidad de medida del conocimiento histórico que Marc Bloch se atrevía a situar bajo la rúbrica de la observación; él, el Torquemada de la escuela que llamaba “positivista” y que sería más justo denominar “metódica”. En efecto, un documento no se da, se busca, se constituye, se instituye: el término designa así todo lo que puede ser interrogado por el historiador con el propósito de encontrar en él una información sobre el pasado, a la luz de una hipótesis de explicación y comprensión. Se designan así acontecimientos que, a fin de cuentas, no han sido recuerdo de nadie pero que pueden contribuir a construir una memoria que podemos llamar con Halbwachs memoria histórica, para distinguirla de la memoria incluso colectiva. Hacer hablar a los documentos, dice Marc Bloch, no para pillarlos en falta sino para comprenderlos.

Se entiende que, frente a las ciencias duras, algunos historiadores hayan podido adoptar un tono de seguridad que, respecto de nuestro problema, implica una fuerte confianza en la capacidad de la historia para ampliar, corregir, criticar la memoria a riesgo de reducirla del estatus de matriz de historia al de objeto de memoria como lo veremos dentro de un instante.

Pero antes, la operación historiográfica, detenida por convención en la fase documental, se encuentra confrontada a la cuestión del estatus epistemológico de la prueba a la cual pueden aspirar proposiciones del tipo: X hizo Y en el tiempo T y en el lugar L. Estas proposiciones artificialmente aisladas se refieren a lo que

podemos llamar “hechos comprobados”, entendiendo que el hecho no es el acontecimiento en sí mismo sino el contenido probado de las proposiciones del tipo que acabamos de señalar, formadas al término de distintas pruebas de confrontación y contestación. Al respecto, la filosofía espontánea del historiador pertenece al ámbito de un realismo crítico que tiene dos frentes.

En un primer frente, el historiador presupone la factualidad del acontecimiento en el sentido amplio respecto de aquello sobre lo cual alguien testimonia, aquello referido en los documentos. En este primer sentido, el historiador sólo puede encontrar un mal recurso en la lingüística saussuriana que reduce el signo al binomio significante-significado con exclusión del referente. Su ayuda proviene más bien del lado de la lingüística del discurso a la manera de Benveniste y Jakobson, para quienes la unidad de sentido en el plano del discurso es la oración, en la que alguien dice algo a alguien sobre algo según reglas codificadas de interpretación. Se preserva así en principio la tríada: significante, significado, referente, donde globalmente el acontecimiento es el referente del discurso documentado, siempre y cuando se respete la especificación ulterior del término “acontecimiento” en relación con estructura y coyuntura.

En el otro frente, el historiador sabe que su prueba depende de una lógica de la probabilidad antes que de la necesidad lógica. Aquí la probabilidad se refiere menos al carácter aleatorio de los acontecimientos que al grado de fiabilidad del testimonio y, en un efecto dominó, de todas las proposiciones del discurso histórico. Es más o menos probable el hecho de que... esto o aquello haya ocurrido tal como lo dicen. Este carácter probabilístico de la prueba documental, *terminus ad quem* del proceso de puesta en intriga, proviene en última instancia de la estructura fiduciaria del testimonio, *terminus a quo* del proceso entero. Esta estructura puede quedar disimulada al amparo de lo no-dicho referente al estatus de la historia, al “lugar” desde el cual habla el historiador. De todos modos, esta estructura argumentativa es insoslayable. Al respecto, la famosa obra de Lorenzo Valla: *De la donación de Constantino a él falsamente atribuida y falaz*,¹³ ha hecho que la historiografía cruce un umbral decisivo. En este segundo frente el historiador sabe que su prueba no es de la misma naturaleza que la de las ciencias naturales: la crítica de testimonio sigue siendo el modelo para el conjunto del campo documental que depende del paradigma indiciario: indirecta y conjetural.

2. Al alejarnos ahora del estadio documental de la historia y hundirnos en el espesor de las operaciones de explicación y comprensión, parecería que diéramos la espalda a la cuestión de la representación. En efecto, ¿el desafío de estas operaciones no es acaso la puesta a prueba de diferentes respuestas en forma de “porque” dadas a la pregunta “¿por qué?”. La problemática del sentido inmanente al discurso y la de su coherencia informe ¿no ocupan acaso en adelante todo el terreno? A primera vista se puede pensar que sí y concentrarse exclusivamente en la variedad de modos de explicación y comprensión en historia. Al respecto se ha podido decir que la historia no tiene método propio. Combina de manera oportuna los usos de la causalidad y la legalidad, muy similares a los utilizados en ciencias naturales, como se observa en particular en historia económica, con la explicación por medio de argumentos propios de la historia política, militar o diplomática, o de las negociaciones urdidas por los protagonistas de la microhistoria. En historia no hay dicotomía irreducible entre explicación y comprensión.

A pesar de este desplazamiento masivo del interés en dirección de los modos de explicación y comprensión, la cuestión de la representación del pasado no se pierde de vista en esta fase. Ella se impone una primera vez con motivo de la división de su campo, o sea, de la determinación del *explicandum*, y una segunda vez de manera aparentemente sorpresiva, en forma de especies de esos objetos privilegiados de la exploración del campo histórico que son las mentalidades convertidas, por razones que señalaremos, en representaciones, por tanto las representaciones como objetos de historia. Estos dos regresos en gloria y majestad del tema de la representación no son ajenos uno al otro, por cuanto la primera vez se trata de la determinación formal del referente próximo al discurso histórico –de aquello sobre lo cual se hace el discurso– y la segunda, de la determinación material de una porción de referente de ese discurso, a saber, las representaciones –objeto de la investigación histórica–, además de las determinaciones económicas, sociales, políticas de la realidad social.

Detengámonos un momento en estas dos menciones de la representación en el marco de la epistemología de la explicación en historia. En primer lugar, se presume que la división del campo de los hechos históricos concierne a los objetos de referencia de la historia: así todos los modelos explicativos propios de la práctica de la historia tienen como rasgo común el referirse a la realidad humana como hecho social. Al respecto, la historia social no es un sector entre otros, sino el punto de vista bajo el cual la historia elige su campo, el de las ciencias sociales. En lo que a mí respecta, me interesé en la corriente de pensamiento que destacó, con posterioridad a la era braudeliana, las modalidades prácticas de la constitución del lazo social y los problemas de identidad vinculados a él. Es por eso que las representaciones figurarán más adelante entre los objetos privilegiados de la investigación histórica junto a las interacciones. Para precisar las cosas, la historia se distingue de las demás ciencias sociales y principalmente de la sociología, porque insiste en el cambio y en las diferencias o brechas que afectan dichos cambios. Ahora bien, cambios y diferencias o brechas implican una dimensión temporal manifiesta. Al respecto, son bien conocidas la dialéctica estructura-coyuntura-acontecimiento y las jerarquías de duración exploradas por Braudel y su escuela.¹⁴ Por cierto, éstas son construcciones respecto de la experiencia viva que espontáneamente no dan una idea de duraciones múltiples, de escalas de duración; lo que sí corresponde más precisamente a una construcción es la correlación establecida entre la naturaleza del cambio considerado –económico, social (en el sentido limitativo del término), político, cultural u otro–, la escala bajo la cual es aprehendido y el ritmo temporal apropiado a dicha escala. El carácter construido de estas jerarquías se pone de manifiesto en particular cuando las nociones de escalas y juegos de escalas están tematizadas como tales y se extienden, más allá de la idea de escala de duración, a la de escala de eficacia y coerción de las normas sociales y a la de escala de medición en el reconocimiento público.¹⁵ Pero estas construcciones son presuntamente apropiadas a la naturaleza del fenómeno en cuestión y, en tal sentido, no son arbitrarias ni, por ende, ficticias. Está implícitamente admitido que dichas construcciones son reconstrucciones de la condición histórica de los humanos, ese referente último de la investigación histórica, a los ojos de la cual las interacciones, susceptibles de establecer algún lazo social, son el referente próximo. Por consiguiente, la idea de representación del pasado se asume implícitamente en este primer nivel formal del desglose de los objetos de referencia.

Pero también se asume explícitamente, y hasta materialmente (o sustancialmente), cuando la historia toma las representaciones como uno de sus objetos privilegiados convirtiéndolas en referente privilegiado junto con lo económico, lo social, lo político. Como se sabe, este tema inicialmente se propuso y luego se impuso bajo el nombre de historia de las mentalidades, hasta que se arguyó en su contra su carácter vago, equívoco, proteiforme y sobre todo, su antigua filiación con el concepto de mentalidad primitiva heredada de Lévy-Bruhl.¹⁶ Así, la idea de representación ha pasado a sustituir la de mentalidad, a riesgo de engendrar un nuevo equívoco, pudiendo designar el término representación la relación de la memoria con el pasado bajo las especies de la imagen-recuerdo en un extremo de nuestro recorrido, y en el otro, hacia el cual nos dirigimos, la relación de la historia con el pasado, o sea, la intencionalidad misma del discurso histórico. Gracias a la conexión con las interacciones del campo social, este uso del concepto de representación para designar las creencias y normas que confieren una articulación simbólica a la constitución del lazo social y a la formación de las identidades se vuelve específico. A este respecto, se puede hablar de práctica de la representación, lo que permite extender los beneficios de la noción de juego de escalas antes mencionadas al campo simbólico de la acción. Pero sobre todo, se hace posible enriquecer la noción de representación social con las distinciones elaboradas en el plano de una semiótica general de la representación, por ejemplo, entre representación de lo ausente o lo muerto y presencia viva de la imagen actual, como lo muestran los análisis de Louis Marin sobre el tema del retrato del rey. Estos intercambios entre semiótica de la representación e historia de la representación social, especialmente en la esfera del poder, resultan de una gran fecundidad en lo que se refiere a los “poderes de la imagen”, retomando el título de la última obra de Louis Marin.¹⁷

No nos alejemos de estos parajes de las representaciones ni de la fase de explicación/compreñión sin antes haber incluido allí la historia de la memoria, justamente como representación privada y pública del pasado: no mi ni nuestra representación sino la representación objetivada de todas esas otras personas que también nos abarcan, por ende, la representación del pasado como objeto de historia. Y añadamos a esta historia específica la de la lectura y los efectos de lectura provocados por los cambios ocurridos en la reproducción de textos, incluso la revolución electrónica que afecta a sus soportes. Terminemos aquí este paseo por las representaciones, objeto predilecto de la historia.

3. Al abandonar la zona árida de los encadenamientos que confieren al discurso histórico su coherencia propia, distinta y variada, penetramos en el espacio de las configuraciones narrativas y retóricas que regulan la fase literaria de la historiografía. En este nivel es donde se concentran las dificultades más tenaces en lo que concierne a la representación del pasado en historia. Ahora bien, este componente escriturario no se agrega simplemente a las demás operaciones historiográficas: acompaña cada una de sus etapas en tanto y en cuanto pertenecen en conjunto a la categoría general de la inscripción. Entonces, lo que pasaremos a considerar es más específicamente la escritura como dadora de legibilidad y visibilidad al texto histórico en búsqueda de lector. El pacto de lectura antes mencionado se vuelve aquí explícito y la pregunta inicial se impone nuevamente: ¿ha sido respetado el pacto y hasta qué punto?

La dificultad mayor resulta del hecho de que las configuraciones narrativas y

retóricas son requisitos de lectura; estructuran al lector a pesar suyo y tienen un doble papel: mediaciones en dirección de lo real histórico y pantallas que opacan la pretendida transparencia de las mediaciones. Los signos de la literalidad pasan así a primer plano. Encuentro aquí, en primer lugar, las configuraciones narrativas, materia de mi libro *Tiempo y narración*.¹⁸ Desde entonces, el temor de confundir coherencia narrativa con conexidad explicativa me ha llevado a postergar el procesamiento de lo narrativo en historia hasta que se tomen en cuenta los signos de literalidad. Esta postergación relativa repercutirá en mi réplica a las tentativas de desdibujar la frontera entre lo ficticio y lo histórico. Por cierto, sigo pensando que lo narrativo no está confinado al ámbito de lo acontecido sino que es coextensivo a todos los niveles de explicación y a todos los juegos de escalas. Es más, si bien los códigos narrativos no sustituyen a los modos explicativos, le agregan la nota de legibilidad y visibilidad ya mencionada. Es precisamente la instauración de pautas de escritura convertidas en pautas de lectura, aunque inadvertidas, lo que genera las dificultades que vamos a considerar de inmediato. Si bien es cierto que las estructuras narrativas no se limitan a garantizar el tránsito del discurso hacia su referente, sino que oponen su propia opacidad al propósito referencial del discurso histórico, recae entonces sobre la semiótica el privilegio de sacar a luz las coerciones que puedan haber guiado al escritor en su presentación de los hechos. Es entonces tentador sugerir que estas mismas coerciones, asumidas por el lector a su pesar, mantienen a este último cautivo en las redes de un hacer-creer que la semiótica es la única habilitada para desenmascarar. Conocemos el tema del “efecto de real” y el de la “ilusión referencial” elaborados por la semiótica estructural tras las huellas de la lingüística saussuriana, donde se excluye por principio el referente de la estructura binaria de la significación, reduciéndola al binomio significante-significado. Éste es el temor alimentado por esta escuela de semiótica en el plano narratológico, y su consiguiente argumento antirreferencial en el plano historiográfico.

Sin embargo, el problema planteado por dichas coerciones alcanzó toda su amplitud con el análisis retórico del discurso histórico y desembocó en un ataque frontal contra lo que antes he llamado el realismo crítico, asumido sin ser verdaderamente tematizado por la mayoría de los historiadores de oficio. Las configuraciones propiamente narrativas que dependen de una tipología de intrigas se encuentran entonces enmarcadas en una arquitectura compleja de códigos junto con los tropos y demás figuras del discurso y el pensamiento; estas figuras son consideradas estructuras íntimas de un imaginario que abarca la clase entera de las “ficciones verbales” según la expresión de Hayden White. La culta obra de este teórico de la “imaginación histórica” es al respecto ejemplar.¹⁹ Sin embargo, su devastador potencial, referido al hacer-creer histórico no lograría su objetivo sino al amparo de un movimiento más amplio conocido con el nombre de “posmoderno”, en el cual la racionalidad en historia es arrastrada por la tormenta que sacude las convicciones heredadas de la época de la Ilustración y que se convino en considerar como punto de referencia para definir lo moderno. De esta manera, se pone en juego la autocomprensión de toda una época, con ocasión del debate en torno de la verdad en historia.

La discusión, que amenazaba con perderse en las confrontaciones ideológicas sin criterio conocido —la idea misma de criterio estaba en juego—, se encauzó dentro de los límites de un conflicto de interpretación circunscrito al conocimiento histórico

gracias a un debate bien centrado: el corazón del debate era la recepción de obras dedicadas a la “solución final”, principalmente del libro colectivo llamado *Historikerstreit* dedicado a la controversia entre historiadores alemanes sobre dicho tema.²⁰ De la interminable disputa sobre el posmodernismo, la atención se centra sobre una pregunta temible pero ponderada: ¿cómo hablar del Holocausto, de la *Shoah*, ese acontecimiento trascendental de mediados del siglo XX? La pregunta surgía enmarcada entre dos grandes interrogantes provenientes de horizontes opuestos inesperadamente enfrentados: el planteado por los maestros de la sospecha bajo el lema de la ilusión referencial, y el articulado por los negacionistas con su lema de la mentira oficial.

Hay una obra que da testimonio de esta confrontación, la de Saul Friedländer, cuyo título me interesa sobremanera: *Probing the Limits of Representation*.²¹ Es la única obra que considero aquí en razón de su significación emblemática respecto de la problemática entera de la presente conferencia. Friedländer señala: “La exterminación de los judíos de Europa, como caso extremo de crímenes de masa, debe plantear a los teóricos del relativismo histórico el desafío de confrontarse con los corolarios de las posiciones que habían sido sostenidas en un nivel meramente abstracto”. Hayden White, interpelado, enfrenta valientemente el desafío, reiterando su argumentación y confesando que su retórica tropológica no le proveía de ningún criterio inmanente al discurso para distinguir la realidad de la ficción. La distinción, reconocía, debe proceder “de otra región de nuestra capacidad receptiva, diferente a la educada por nuestra cultura narrativa”. Y respecto de esta última sugiere que se amplíe el campo de los modos de representación más allá de la herencia cultural que el totalitarismo había amenazado con extinguir.

Por muy legítima que sea esta declaración, que encuentra por lo demás eco en las tentativas de renovación de las formas de expresión salidas de esta ruptura de las mediaciones conocidas, deja sin respuesta la pregunta de fondo de la presumida adecuación de estas formas de expresión estética que buscan representar la *Shoah*. Si decimos con George Steiner que “el mundo de Auschwitz reside fuera del discurso tal como reside fuera de la razón”,²² ¿de dónde puede venirle al discurso el sentido mismo de lo irrepresentable? Es la fuerza del testimonio, incluso antes de su inscripción en el archivo, la que Carlo Ginzburg invoca en su conmovedor ensayo “Just one witness”.²³ Pero, a su vez, el testimonio remite a la violencia del acontecimiento mismo y a su dimensión moral, que Friedländer califica –por lítote– de “inadmisibles”. Pero entonces la experiencia viva de la herida abierta en el proceso mismo de “hacer historia” se yergue como el límite externo a la representación y suscita la implosión interna de los modos de representación –narrativos, retóricos y otros (fílmicos entre otros)–. El “acontecimiento al límite”, según la expresión de Friedländer, es el *ictus* llevado por la historia efectiva en la memoria colectiva y privada, que al igual que en las violentas peripecias de la tragedia griega e isabelina, rige el referente del “decir la historia”. Ha ocurrido algo terrible, que haría de lo horrible lo simétrico negativo de lo admirable y que exige ser dicho a fin de que no sea olvidado. Y forma parte de la ocurrencia del acontecimiento la posición que ocupan los protagonistas en relación a éste, siendo ejecutantes, víctimas o testigos (los *by-standers*). Tres clases de historia viva que nadie puede juntar.

Sin embargo, no debiera ocurrir que una nueva intimidación debida a la gravedad

del acontecimiento y su cortejo de dolor paralizara la reflexión sobre la operación historiográfica. Al juez le corresponde condenar y castigar, y al ciudadano le corresponde militar contra el olvido y en nombre de la equidad de la memoria; al historiador le queda la tarea de comprender sin inculpar ni disculpar.

Si así fuera, es necesario que el caso, límite en sí mismo, del acontecimiento al límite ayude a retomar la problemática suscitada por el análisis retórico del discurso. El debate puede, en mi opinión, ser conducido en dos sentidos: del lado de la recepción del texto por el lector por una parte, y del lado de las fases anteriores al proceso historiográfico, por otra.

Del lado de la recepción, el lector viene al encuentro del texto histórico no sólo con sus esperas, entre otras cosas de que no le “cuenten historias”, sino también con una experiencia como protagonista de la historia del presente. Él es la contraparte de un discurso reputado de tomar forma en el cruce del presente y el pasado. Más precisamente, es el ciudadano dentro del protagonista de la historia quien exige del historiador un discurso verdadero capaz de ampliar, criticar, incluso contradecir su memoria. A falta de un discurso verdadero, en el sentido que este epíteto toma en las ciencias duras, un discurso que se sitúe en el marco de una intención de verdad.

Entonces, para dimensionar esta intención de verdad, es necesario considerar desde la fase escrituraria del conocimiento histórico hasta las fases anteriores, explicativa/comprendiva y documental. Es lo que ordinariamente se pierde de vista en las discusiones centradas en la retórica del discurso histórico. El error consiste aquí en esperar que la narratividad y la tropología colmen las lagunas de una argumentación preocupada por dar razón de los encadenamientos de todo tipo entre hechos acaecidos. Al respecto, no todo se juega en el plano escriturario, ni siquiera en el de la explicación/comprensión: hay que remontar hasta la prueba documental, aunque para ello haya que volver a recorrer en orden progresivo la cadena entera de las operaciones historiográficas; aparentemente entonces, el hacer-creer no es coto reservado de la retórica: es el lugar de entrecruzamiento del convencer y el seducir, cuyas diferencias nos enseñaran las controversias entre Sócrates y los sofistas. Aquí la lógica de las probabilidades concretas, aplicada al grado de fiabilidad de las ciencias humanas, enrola a su servicio los análisis producidos bajo el estandarte de la sospecha. No para contribuir a desdibujar las fronteras entre ficción y realidad – aunque fuera la de lo ausente de la historia– sino para acorrallar las artimañas del hacer-creer de la misma manera como Platón se empeña en distinguir la medicina de la cosmética en los *Diálogos socráticos*.

III

Cerca del momento de concluir, vuelvo a mi pregunta inicial: el pacto de lectura sobre el cual se supone que reposa la escritura de la historia ¿puede ser respetado?, y ¿hasta qué punto? No se sorprenderán si respondo: sí, hasta cierto punto. Para que mi respuesta no parezca una bravata ni una evasiva, debo argumentarla.

Responder que sí es testimoniar a favor de la intencionalidad reguladora de la investigación histórica: la intención de apuntar, y si fuera posible alcanzar, tal como

fue el caso, el acontecimiento. Propuse en *Tiempo y narración* el término “representancia” para señalar el vigor de esta intención/pretensión. La idea contenida en esta palabra es a la vez la de una suplencia y la de una aproximación. Suplencia, como en el término latino *representatio* aplicado en la época helenística y luego bizantina a la función del personaje habilitado para simular la presencia del soberano ausente; la misma idea de función vicaria, lugartenencia, se encuentra en el alemán *Vertretung*, en el inglés *representative* y, después de todo, también en la expresión francesa; *représentants du peuple* y *représentation nationale*. Función vicaria, por consiguiente, completada por la de aproximación, de blanco: es el aspecto pretensión de la intención, pero pretensión de adelantarse, avanzar.

Por ende, contrato cumplido. Pero ¿hasta qué punto? No se puede responder a esta pregunta referente al grado de credibilidad, verosimilitud, del texto histórico sino mediante un juicio de comparación. Pero ¿entre qué y qué? Dos respuestas posibles a esta pregunta.

La primera se articula aún en el campo histórico mismo, la comparación entre dos o varios textos que se refieren al mismo *topos*. Al respecto, propongo que se tome como referencia el hecho en mi opinión sorprendentemente revelador de la “reescritura” en historia. Reescribir es como volver a traducir. Ahora bien, es al retraducir los mismos textos originales cuando se declara –nos dice Antoine Berman– el deseo de traducir y sin duda también su tormento y su placer.²⁴ Asimismo, es al reescribir cuando se muestra el deseo del historiador de acercarse cada vez más a ese extraño original que constituye el acontecimiento en todas sus facetas. Verdad pretendida no de un solo libro sino, si me atrevo a decirlo, de un dossier completo de controversia. Así ocurrió en nuestro país con la Revolución Francesa y la copiosa biblioteca que ella suscitó.

La segunda respuesta a la pregunta planteada por el juicio de comparación nos lleva fuera de la historia, al punto de articulación entre la historia y la memoria. Me gustaría terminar esta confrontación que me permite unir mi tesis final a mi tesis inicial, según la cual el problema de la representación del pasado no comienza con la historia sino con la memoria. Lo que se dispuso entonces no fue sólo un enigma, el de la representación presente de algo ausente que existió antes, es decir antes de ser contado, fue además un esbozo de una resolución limitada y precaria del enigma, sin paralelo del lado de la historia, a saber, la pequeña felicidad, el pequeño milagro del reconocimiento y su momento de intuición y creencia inmediata. En historia, nuestras construcciones son en el mejor de los casos reconstrucciones.

Referente a tales reconstrucciones hemos declarado ya, más arriba, nuestra intención, pretensión, deseo, midiendo ahora su grado de fiabilidad al unir la interpretación a la intención de verdad. Interpretación: el difícil vocablo está lanzado. Pero presumir y asumir la solidaridad entre interpretación y verdad en historia es decir más que adosar meramente objetividad y subjetividad, como se decía antes. Si no se quiere sólo psicologizar o moralizar la intención en historia, por ejemplo subrayando los intereses, prejuicios, pasiones del historiador, o celebrando sus virtudes de honestidad y modestia, incluso humildad, entonces es necesario marcar el carácter epistémico de la interpretación. A saber, la clarificación de los conceptos y argumentos, la identificación de los puntos de controversia, el estudio detallado de las opciones tomadas, por ejemplo al plantear tal pregunta a tal

documento, al elegir tal modo de explicación antes que tal otro, en términos de causa o bien razón de actuar, al privilegiar tal giro del lenguaje antes que tal otro. La interpretación califica el deseo de verdad en historia en todos los estadios de la operación historiográfica. Y ello en razón del voto de fidelidad de la memoria.

A este precio la historia puede tener la ambición de compensar, mediante su cadena de mediaciones, la ausencia del momento de reconocimiento que hace que la memoria siga siendo la matriz de la historia aún cuando la historia haga de ella uno de sus objetos.

Queda así abierta la pregunta de la competencia entre memoria e historia en la representación del pasado. A la memoria le queda la ventaja del reconocimiento del pasado como habiendo sido, aunque ya no lo es; a la historia le corresponde el poder de ampliar la mirada en el espacio y el tiempo, la fuerza de la crítica en el orden del testimonio, explicación y comprensión, el dominio retórico del texto y, más que nada, el ejercicio de la equidad respecto de las reivindicaciones de los distintos bandos de memorias heridas y a veces ciegas a la desgracia de los demás. Entre el voto de fidelidad de la memoria y el pacto de verdad en historia, el orden de prioridad es imposible de decidir. El único habilitado para ello es el lector, y en el lector, el ciudadano.

NOTAS

1. El artículo a continuación, dedicado a la memoria de François Furet, reproduce el texto pronunciado en París el 13 de junio de 2000 en el marco de la 22ª Conferencia Marc Bloch, bajo los auspicios de L'École des Hautes Études en Sciences Sociales.

2. San Agustín. *Confesiones. Libros VIII-XIII*. París: Desclée De Brouwer, 1962, pp. 556-572 y 572-591.

3. “SÓCRATES. —Pero, fíjate en esta otra cuestión que se nos viene encima y mira a ver cómo la vamos a rechazar.

TEÉTETO. —¿A qué te refieres?

SÓCRATES. —Ahora mismo te lo voy a decir. Imagínate que alguien te hiciera esta pregunta: “Si uno ha llegado a saber algo en un momento determinado y aún tiene y conserva el recuerdo de ello, ¿es posible que no sepa eso mismo que recuerda en el instante mismo en que lo recuerda?”. Puede que me exprese prolijamente pero lo que quiero preguntar es si alguien que ha aprendido una cosa y la recuerda no la sabe.

TEÉTETO. —¿Qué dices, Sócrates? Una afirmación como ésa sería monstruosa.” (Platón. *Diálogos, Libro V, Teéteto*. Madrid: Gredos, 1992, p. 218.)

De esta respuesta embarazosa surge una pregunta más aguda: “¿Crees que se te concederá que alguien que tiene el recuerdo presente de lo que ha percibido, para él, que ya no lo percibe, sea una impresión semejante a la que una vez percibió?”. Pregunta insidiosa, que lleva toda la problemática a lo que más tarde aparecerá como una trampa, es decir el recurso a la categoría de similitud para resolver el enigma de la presencia de lo ausente, enigma común a la imaginación y la memoria, como la elección del vocablo *eikon* lo subraya. No seguiré a los protagonistas del

diálogo en el análisis de la solución propuesta, es decir el modelo de la huella en la cera, la que no hace sino duplicar el enigma, en la medida en que todas las huellas están presentes, actuales, y donde se les pide que se comporten como signos de la causa que las provocara, es decir del acontecimiento de la impresión de la huella.

4. Aristóteles. *Petits traités d'histoire naturelle*. París: Les Belles Lettres, 1953, pp. 53-63.

5. Maurice Halbwachs. *La Mémoire collective*. París: PUF, 1950. [Véase también Marie-Claire Lavabre, “Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria”, en esta publicación. (N. de E.)]

6. El autor alude aquí a dos cuestiones importantes. En primer lugar, en las frases siguientes, se alude al problema conceptual que encierra la noción misma de memoria colectiva: para la filosofía la operación de recordar es esencialmente individual, se confunde con la experiencia de sí; dos personas no pueden compartirla y por lo tanto, en singular o en plural, la memoria corresponde a las personas, como el pensamiento o la emoción. En segundo lugar, Ricoeur se refiere a un problema institucional: cuando Maurice Halbwachs escribe *La Mémoire collective*, su ambición de imponer una nueva idea no carece de consideraciones estratégicas en relación con la comunidad académica de entonces. Por un lado, Halbwachs intenta erigirse como maestro de la sociología, joven disciplina cuyo fundador en Francia, Durkheim, ha desaparecido dejando dos sucesores posibles: Marcel Mauss y el propio Halbwachs. Por el otro, el autor intenta responder a la crítica que Marc Bloch hizo a *Les Cadres sociaux de la mémoire* (“Mémoire collective, tradition et coutume. À propos d'un livre récent”. *Revue de synthèse historique*. T. XL, nueva serie, T. XIV, 1925, pp. 118-120), donde desarrollaba lo que sería luego la manera de hacer la historia de los *Annales* (1928). La “memoria histórica”, decía Bloch, intenta hacer constituir su validez en su oposición a una ciencia histórica positivista, pero ésta está siendo superada por una generación de historiadores para quienes la gente, sus condiciones de vida y lo vivido son precisamente el objeto central de la investigación histórica. (N. de E.)

7. En mi opinión, Husserl está exento de este reproche como lo testimonia el admirable análisis del *Erinnerung* en *Husserliana* en el volumen XXIII, donde el *Erinnerung* compite con el *Bild*, la *Phantasie*, y la *Vorstellung*, esas variedades de re-presentación, diferentes por principio de las presentaciones simples cuya percepción es el modelo. La fenomenología, en ese sentido, no queda desprovista frente a la reivindicación de autonomía proveniente del campo sociológico a favor de la idea de memoria colectiva (Edmund Husserl. *Phantasie, Bildwusstsein, Erinnerung*. Edición establecida por Eduard Marbach. La Haya-Boston-Londres: Martinus Nijhoff Publishers, 1930).

8. Henri Bergson. *Matière et mémoire: Essai sur la relation du corps à l'esprit*. París: F. Alcan, 1896. Ed. esp. *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*. Buenos Aires: Cactus, 2006.

9. Michel de Certeau. *L'écriture de l'histoire*. París: Gallimard, 1975. [Trad. cast. *La escritura de la historia*. Santander: Sal Terrae, 2002].

10. Véase Émile Benveniste. *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*. París: Editions de Minuit, 1969.
11. Marc Bloch. *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*. París: Armand Colin, [1949] 1997, pp. 74-86.
12. Carlo Ginzburg. "Traces. Racines d'un paradigme indiciaire". *Mythes, emblèmes, traces: morphologie et histoire*. París: Flammarion, [1986] 1989, pp. 139-180.
13. Lorenzo Valla. *La Donation de Constantin. Sur la donation de Constantin, à lui faussement attribuée et mensongère*. Traducción y comentarios de J. B. Giard. Prefacio de C. Ginzburg. París: Les Belles Lettres, 1993. [De acuerdo con *La donación de Constantino*, documento conocido en toda la Europa medieval, en el siglo I de la era cristiana el emperador romano Constantino, por gratitud hacia el papa Silvestre que lo había curado milagrosamente de la lepra, se habría convertido al cristianismo y habría donado a la Iglesia de Roma un tercio de su imperio. El tratado de Valla, *De falso credita et ementita Constantini donatione* (1442), denuncia como falsa esa donación y establece, a partir del siglo XV, la importancia de la prueba en historia, y enuncia ciertas reglas de la crítica histórica, abriendo así el camino al célebre *De re diplomatica* (1681) del benedictino francés Mabillon. (Sobre Valla y la *donatione* véase Carlo Ginzburg, *Rapports de force: Histoire, rhétorique, preuve*. París: Gallimard, 2003, pp. 57-70) (N. de E.)].
14. Fernand Braudel. "Histoire et sciences sociales: La longue durée". *Annales ESC*. 13-4, 1958, pp. 725-753.
15. Véase Jacques Revel (ed.). *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. París: Gallimard/Le Seuil, 1996.
16. Lucien Lévy-Bruhl. *La mentalité primitive*. París: F. Alcan, 1922.
17. Louis Marin. *Le portrait du roi*. París: Editions de Minuit, 1981; id. *Des pouvoirs de l'image*. París: Le Seuil, 1993.
18. Paul Ricoeur. *Temps et narration*. París: Le Seuil, 1993.
19. Hayden White. *The Contents of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore-Londres: Johns Hopkins University Press, 1987 [trad. cast. *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós, 1992]; y *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*. Baltimore-Londres: Johns Hopkins University Press, 1990 [trad. cast. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Paidós, 2003].
20. Rudolf Augstein et al. *Historikerstreit: die Dokumentazion der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nazionalsozialistischen Judenvernichtung*. München: Piper, 1988. (*Devant l'histoire: Des documents de la controverse sur la singularité de l'extermination des juifs par le régime nazi*. París: Éditions du Cerf, 1988).
21. Saul Friedländer (ed.). *Probing the Limits of Representation*. Cambridge:

Harvard University Press, 1992.

22. Citado en H. White. "Historical Employment and the Problem of Truth". S. Friedländer (ed.). *Probing the Limits of Representation*. Cambridge: Harvard University Press, 1992, p. 43.

23. Carlo Ginzburg en S. Friedländer (ed.). *Probing the Limits of Representation*. Cambridge: Harvard University Press, 1992, pp. 82-96.

24. Véase Antoine Berman. *L'Épreuve de l'étranger: Culture et tradition*. París: Gallimard, 1984.

"Histoire et mémoire: l'écriture de l'histoire et la représentation du passé" fue publicado en *Annales. Histoire, Sciences Sociales*. Núm. 55-4. París: julio-agosto de 2000, pp. 731-747. <inicio>
